



IV - LAS ASOCIACIONES  
ESCOLARES Y EL DEBER  
DE LOS ESTUDIANTES. -  
CONFERENCIA A LOS ESTU-  
DIANTES DE LA UNIVERSIDAD  
DE LA HABANA, - 8 DE MARZO  
DE 1910



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sr. Rector de la Universidad, amigos míos :



**D**ESEABA ardientemente que llegase el día de esta conferencia y lo deseaba, no solo para cumplir un deber de cortesía que coloco sobre todos los demás, sino también, y especialmente, para llenar una exigencia de mi espíritu, una exigencia que ha sido fundamental en mi vida, muy singularmente desde que he entrado á formar parte de un Claustro Universitario: la de ponerme en comunicación directa o íntima, con el alma de la juventud estudiosa. Que esto es así, vosotros lo sabéis muy bien. Sabéis que la conferencia de hoy no es a la manera de las visitas que se llaman de estómago agradecido, por que su idea no

es posterior a vuestros agasajos, al ambiente de simpatía, de cariño, de que me habéis rodeado, sino que fué promesa espontánea de los primeros instantes, formulada en las primeras palabras que crucé, apenas llegado a tierra de Cuba, con algunos compañeros vuestros que tuvieron la gentileza de visitarme. Me adelanté a vuestros deseos y pedí, como un favor que podíais otorgarme, (por que para mí lo es siempre el estar en contacto con la juventud) ocasión de refrescar mi espíritu con las alegrías y las esperanzas de la gente joven, con el brote limpio y claro de su idealidad generosa y soñadora. Y es esto para mí, repito, un favor tanto más grande, cuanto que yo quisiera, señores, que sobre todas las bondades que la vida pueda tener todavía conmigo (y ha tenido muchas y respecto de ellas soy agradecido, considerándome feliz con vivir, como Renan se consideraba, ya en el ocaso de la vida y saltando por encima de todas las tristezas de ella), me reservase una que, en el orden espiritual, cambio por todas las demás: la de morir siendo joven, es decir, con el pensamiento abierto a todas las novedades y a todos los optimismos, libre de las sequedades y cristalizaciones que la vejez suele echar sobre él.

Esto aparte, deseaba que llegase el presente momento como algo especialmente atractivo para mi corazón, por que he vivido constantemente en íntima relación espiritual con

los estudiantes. Me llevó hacia ellos, de un lado, el interés natural en todos los que tienen vocación docente y toman la misión que en este respecto les corresponde, no como un oficio que da para el garbanzo, (sin poner en él más cuidado que el preciso para que parezca cumplida la función y pueda firmarse la nómina a fin de mes), sino como un verdadero sacerdocio que no queda cumplido en lo meramente externo de él, sino que aspira cada día más y más hondamente a entrar en el alma de los discípulos, a imprimir en ella una dirección de fuerza y bondad que les sirva de guía en las luchas del mundo, en el combate por la verdad y la justicia, y a que, cualesquiera que sea el resultado oficial de las relaciones en el terreno de los exámenes, o el rumbo que en la vida tome cada uno, guarden un recuerdo agradable de los instantes que han pasado en la Cátedra. Esto he tenido la fortuna de conseguirlo en mi labor universitaria; y lo he conseguido, sobre todo, por que he procurado, como decía antes, ser joven siempre; por que en la clase, cuando hablaba a los alumnos, me he preocupado antes del que podía menos y entendía peor, que del que podía más y tenía la intuición rápida; por que he procurado no hablar en abstracto y en términos doctorales que sólo sirvieran para mí, sino familiarmente y en concreto, de modo que sirviese para los oyentes, haciéndoles ver las cosas de la ma-

nera más clara, más inmediata, más impersonal posible. Y de este modo he logrado (creo haber logrado por lo menos) que mis alumnos, sino saben *mucho* Historia del Derecho, salgan de mi Cátedra amando la Ciencia, amando el Libro y acordándose en todas partes con cariño de aquellos momentos universitarios. Así he tenido la complacencia en todo mi viaje (desde Buenos Aires, desde esa gran ciudad de la República Argentina, en la cual, apenas puse los piés, me vi rodeado por antiguos alumnos de la Universidad de Oviedo, que siguen siendo buenos amigos míos) de encontrar en todos lados discípulos que han venido a mí con el mismo afecto, con el mismo cariño, que me demostraban en aquellos días de labor común; y entre ellos he tenido, por encima de todas, la satisfacción de hallar algunos a quienes había calificado severamente en los exámenes y que no me guardaron por eso rencor, por que estaban seguros de que su maestro no había hecho más que aplicar un criterio de justicia y que en ningún momento llevó a ese juicio sentimiento personal alguno que hiciera caer la balanza hacia donde no debía caer.

Y habiendo sido así hasta ahora en mi vida universitaria, claro es que había de desear vivir con vosotros en la misma forma; tanto, que si a mí me hubiese sido posible — que no lo era, por exigencias de la misión que aquí me trae, — escoger libremente mi área

de acción, las ocupaciones ordinarias de la vida, lo que hubiese hecho principalmente era entrar en clase con vosotros, escuchar a vuestros profesores, y luego salir con mis apuntes debajo del brazo charlando con todos y cada uno, acerca de la cátedra y de todos los problemas que pueden interesar a un estudiante. Como eso no ha sido posible, he tenido que limitarme a este momento de comunicación directa y especial con vosotros, fuera de aquellas que, en términos generales hemos tenido en las conferencias anteriores, a que no habéis faltado, y en las excursiones a provincias, en que vuestra compañía fué constante.

Todavía hubiese yo deseado que esto de hoy, en vez de ser una conferencia en el sentido vulgar de la palabra, fuese una conferencia en el sentido técnico, es decir, una conversación en la cual, yo, en vez de ocupar la tribuna, hubiese tomado una silla para estar en vuestro mismo plano y al lado vuestro y así, llanamente, sin aire de discurso, nos hubiésemos comunicado pensamientos y sentimientos, contándome vosotros lo que pensáis, cómo sentís vuestra misión escolar y la profesional del día de mañana, cómo concebís y cómo palpita en vosotros la idea de la patria y de su obra en el mundo, y yo os hubiese dicho cómo entiendo cada una de esas cosas; y así hubiésemos llegado a los más hondos problemas de la comprensión de la vida, tro-

cando la vibración de nuestros espíritus como una prenda de amistad, de cariño sólido entre nosotros.

Pero tampoco esto ha podido ser, por las condiciones apuradas de tiempo en que realizo mi visita a la Habana; si bien confío en que me será dable hacerlo algún día. Por el momento, contentémonos con esta forma de monólogo, en que espero, sin embargo, que vosotros me seguiréis, contestando interiormente con vuestro pensamiento a mi palabra, si es que ella puede sugeriros algo y producir en vosotros la colaboración ideal que apetecé todo el que se dirige a un público.

He escogido como temas de este monólogo, algunos de los asuntos que creo han de interesar particularmente a muchos de los estudiantes. Realmente no hay asunto en la vida que no sea inagotable. Para las gentes que los ven de un modo superficial, que no penetran en su fondo, todos se agotan, por que se les acaba pronto la substancia y eso les produce la ilusión de que se les ha acabado también el problema; pero cuando no se ven así las cosas, a medida que vamos avanzando en edad, que vamos conociendo mejor la realidad en que vivimos, ella se ensancha y ahonda juntamente y presenta un caudal cada vez más rico de consideraciones y observaciones, que también en cada momento de la vida son de un modo diferente. Así ha podido decir muy bien don Juan Valera, hablando del

*Fausto* de Goethe, que ese poema tenía la cualidad de todos los grandes libros, que no dicen lo mismo a todos los lectores ni a todas las edades, sino que poseen un fondo tan grande de substancia, un capital tan inagotable de ideas, que dan para todas las edades y situaciones del espíritu. Así, digo, son todos los asuntos de la vida. Y hablando de esto, la asociación de ideas me lleva a unos momentos no muy lejanos de este mismo viaje que ahora termino en Cuba, en que tuve la sensación más honda de lo inagotable de la vida, ante el espectáculo más grandioso, más imponente, que me ha sido dado presenciar. Era en el Observatorio Astronómico de la Universidad de Córdoba (República Argentina) y en una noche tropical, en que contemplé, con la ayuda de los poderosos instrumentos científicos que allí se manejan, algunas de las maravillas de lo que llamamos Cielo; y entre ellas, se apoderó de mi alma especialmente la visión de una nebulosa, que constituía para mí una novedad y al propio tiempo una revelación. Figuraos uno de esos cuernos de la abundancia que suelen acompañar a ciertas estatuas clásicas y cuya boca o abertura mirase hacia el observador, mientras el vértice se hundiese en las profundidades del espacio; y aquella abertura, como un inmenso cráter de que brotasen, en cascada luminosa, miles y miles de estrellas que constituían, en lo más profundo a que llegaba

la vista, como una llamarada sin solución, la cual iba resolviéndose, a medida que se apartaba del foco, en chispas brillantes cada vez más individualizadas. Lo grandioso del espectáculo no estaba en la masa ni en la luz, sino en la perspectiva, que permitía a la vista hundirse en las profundidades de aquel cráter y concebir su continuación indefinida en el espacio, hundiéndose cada vez más en él, hasta un límite que sólo la imaginación pudiera adivinar. Entonces tuve como nunca la intuición de lo infinito y pensé que así también es honda y profunda la vida cuando se la puede mirar con ojos de telescopio; y que la función más alta de la Ciencia y del estudio están precisamente en alargarnos la inteligencia y aguzarla para que veamos todas las cosas tan inagotables y preñadas de contenido como aquella nebulosa de que os hablo.

Así el hablar de vuestros problemas, de vuestras ilusiones y de vuestras esperanzas, sería, para quien pudiera verlos en su entraña más íntima, inagotable e infinito, hasta donde, por aplicación retórica, puede aplicarse esta palabra a lo humano; pero aúndado el caso de que yo fuera capaz de ello, no podría, ni comprender en una conferencia todo lo que de interesante para vosotros ofrece la vida, ni agotar uno solo de los asuntos; y me limito a esbozar tres de ellos: uno que se refiere al estudiante como tal;

otro, al estudiante como inteligencia, y el tercero al estudiante en sus relaciones con el medio social. Hablaré brevemente de cada uno de estos puntos, diciendo de cada uno de ellos, o cosas que he visto, o cosas que he pensado.

Considerando el estudiante como tal, estimo que tiene ante sí dos cuestiones que principalmente le deben preocupar y atraer: de una parte, su interés propio e individual, su propia finalidad profesional y específica como estudiante; de otra parte, la Universidad o el Centro docente donde vive y del cual es un elemento fundamental. Sus fines particulares, en aquello que el estudiante debe ser para sí, le han preocupado y ha tratado de lograrlos, desde el momento en que se formó un cuerpo escolar propiamente dicho, es decir, mediante la asociación, mediante una labor cooperativa de todos los individuos ligados por el lazo ideal del interés común que persiguen y que origina, por sí solo, una persona social, superior a cada uno de los componentes. No es la asociación de estudiantes una forma moderna de vida universitaria o escolar; es una forma de vida que comienza cuando comienza también la Universidad, cuando empezaron a constituirse núcleos de jóvenes que tenían una finalidad especial, la de estudiar, la de formar su espíritu para una dirección particular de la vida o del pensamien-

to, bajo la dirección de un hombre al que consideraban como maestro.

En aquellas primitivas Universidades de la Edad Media, — que se formaron como todos sabéis, no por iniciativa del Estado, ni por fundación de un particular, ni como instituciones que nacieran de golpe, con un organismo acabado provisto de su reglamento definitivo, sino sencillamente como un grupo espontáneo de estudiosos que se creaba alrededor de un Profesor de fama, — los estudiantes constituían ya una sociedad, que era la propiamente universitaria. Y como en aquellos centros de estudios superiores verdaderamente cosmopolitas, iban a aprender jóvenes de todas partes de Europa (me refiero ahora solamente a las Universidades del mundo cristiano), era natural que se formasen, por bajo de la agrupación común, asociaciones especiales de todos los procedentes de una misma patria; y en efecto, así fué, y era cosa de ver en la gloriosa Universidad de Bolonia, en la de París, en tantas otras de igual renombre, a los estudiantes agrupados en "naciones" como se decía, o sea, por grupos de compatriotas, que nombraban su jefe, que mantenían su solidaridad especial, que atendían a muchas de las necesidades de sus socios y en que, a su vez, cada uno de éstos se relacionaba y obligaba con el resto de los demás. Yo he podido ver en una de esas Universidades, en la de Bolonia (mejor

dicho, en su antiguo edificio, que hoy es Biblioteca Municipal) los muros y techos del patio, de la escalera y de las antiguas cátedras, decorados con los escudos de todos los jefes de "naciones" o sea de los grupos de estudiantes que de los distintos Estados de la Europa de entonces, iban allí a adquirir enseñanzas; y como entonces no era la clase media, como en muchos Estados modernos ocurre, la que única o principalmente concurría a la Universidad, sino que la nobleza y el clero también enviaba a sus jóvenes a las cátedras, ordinariamente se escogía por jefe a un estudiante de representación, que estampaba su escudo nobiliario de hidalgo o de superior categoría, al frente del signo de su agrupación nacional.

Pero estas primitivas asociaciones desaparecieron pronto; y desaparecieron, porque a medida que iban fundándose Universidades en las distintas naciones, los alumnos, sin necesidad de salir de su propio país, encontraban en él todas las excelencias de la enseñanza; y así fué disminuyendo, de día en día, aunque sin desaparecer por completo (hoy también existe), la concurrencia de estudiantes de idioma y patria distintos a una misma Universidad.

Vino, luego del período de brillantez de la vida universitaria, la decadencia de ella en todas partes; y ha sido preciso que llegara el siglo XIX, con el grandioso despertar de las

aspiraciones sociales, con la rectificación del sentido individualista que caracterizó el movimiento revolucionario del siglo XVIII, para que en la Universidad reviviese el antiguo ideal de asociación, fecundado por las nuevas direcciones de la vida. Así han nacido en nuestro tiempo los tipos diferentes de asociaciones escolares de que quiero hablaros de un modo rápido.

En primer lugar, hay la asociación escolar para fines científicos y educativos; es decir, que el estudiante no se contenta con trabajar en su cátedra, con preparar su programa para el examen, sino que tiene, además, sus aficiones intelectuales privativas y esas las cultiva en unión de los compañeros que participan de ellas; y así funda, por ejemplo, en las universidades inglesas, los clubs Shakespearianos o los que tienen por objeto la lectura y estudio de otros grandes escritores nacionales. En otras partes, en Alemania, en los Estados Unidos, etc., fundan análogamente los estudiantes clubs o asociaciones dedicados a cultivar ciertas ramas de la ciencia, o mantener y difundir el sentido y la representación de autores insignes que tienen significación particular en la historia intelectual de la patria, o en la del mundo entero.

En España se ha creado una forma exteriormente parecida a esas asociaciones, que ha durado muchísimos años y solía llevar el nombre de *academia*; pero las academias es-

colares españolas, diferían bastante en el fondo de esos clubs ingleses, alemanes, norteamericanos, a que me he referido antes. Eran, sin duda, asociaciones de carácter científico y literario, que fundaban los estudiantes para discutir y especializar los puntos que les habían interesado más en el curso de su carrera; pero esas academias degeneraban inmediatamente en asambleas, en que se jugaba al parlamento y se ensayaban oradores para lo futuro; y los que a ellas acudían — lo digo porque he pertenecido a esas academias y he pecado lo mismo que los demás — íbamos casi siempre buscando, no la serena investigación de la verdad, no el concurso de nuestros compañeros para aclarar alguna cuestión, algún pensamiento que nos resultaba obscuro en la lectura de nuestros autores favoritos, sino, sencillamente, la ocasión de lucirnos, de hacer notar que hablábamos bien (o de figurarnos que hablábamos bien), y de vencer al contrario en la disputa a fuerza de ingenio y de desplantes retóricos. Esto tenía dos inconvenientes grandísimos: el primero era el de hablar en todas ocasiones y sacrificar el fondo a la forma, y el segundo, el de la inmoralidad que nace de convertir lo que se llama propiamente discusión, que es el cambio sereno, transigente, de opiniones y puntos de vista, en una lucha en la cual no queda más que la vanidad de vencer al contrario.

Por eso las academias escolares españolas

de este tipo, dicho sea en honor de la juventud que ha venido detrás de nosotros, han desaparecido de nuestras costumbres. Los jóvenes de hoy han comprendido que ese no era camino para ir a ninguna parte seria y que se hacía preciso, por el contrario, (dado que ellos reconocían como uno de los defectos de su raza o civilización, la facilidad y el abuso de la oratoria y el peligro de sacrificarlo todo a la brillantez de la palabra) reducir aquellas manifestaciones a formas sobrias, severas, de trabajo científico o literario especial, a parte de la Cátedra. A este nuevo tipo pertenecen, aunque su iniciativa ha partido de profesores, la Escuela práctica de estudios jurídicos y sociales de la Universidad de Oviedo y los Seminarios o Laboratorios, que en ella y en otras, sirven para formar la personalidad intelectual de los jóvenes que sienten la necesidad de tenerla.

También son tipos modernos los clubs y asociaciones que tienen por fin la educación física, de tan exuberante desarrollo en las Universidades inglesas y Norte-americanas, hasta el punto de constituir en algunas de éstas una amenaza para los estudios, como lo he oído declarar a varios profesores. La atención de los alumnos, fuertemente atraída por los deportes y por las luchas de este género, se aparta de la labor intelectual o flojea en ella, incluso por falta de tiempo que dedicarle.

Pero no podía la actividad estudiantil dete-

nerse en sólo esos dos tipos de asociación, propiamente educativos, en lo físico y en lo intelectual. Era lógico que también surgiesen las relativas a los intereses y derechos de los estudiantes como clase. Esos derechos e intereses, podían ser desconocidos o mermados, y era natural que por ellos velasen quienes los poseen, constituyéndose en asociaciones de defensa, como los obreros han constituido las suyas. Y en efecto, esas asociaciones han surgido, algunas veces con exclusión de todo otro fin; otras, aliándose a fines científicos, literarios o de cualquiera de los géneros de que hablaré luego. Pero hay aquí un peligro del que quiero tratar con toda franqueza.

Creo que los estudiantes deben constituir asociaciones defensivas sobre la base de una clara, serena, imparcial conciencia de sus derechos; pero que, al propio tiempo, deben pensar en que los derechos especiales que tienen con respecto a la Universidad (y a todo el organismo técnico y administrativo de la enseñanza) los tienen a título de estudiantes y por tanto para la obra docente en que como tales colaboran, para recabar en ella por ella y a beneficio de ella, todas las condiciones favorables, de modo que el designio, el propósito que la guía, se logre en todo lo que puede depender de la acción misma del alumno y de los medios que se le dan para que la realice. Es por tanto, una tabla de derechos que abraza desde el res-